

LOS MISTERIOS GOZOSOS

Nos proponen un 'contenido' que tiene como centro el "Misterio de la Encarnación".

Nos recuerdan al 'Dios que viene a nosotros' para atraer y renovar.

Nos invitan a 'recibirlo' con un corazón abierto y dispuesto.

Aceptación: Es la actitud del hombre que se abre a Dios.

Recepción: Es la actitud del hombre que confía en Dios.

Generosidad: Es la actitud del hombre que se entrega a Dios.

LOS MISTERIOS DOLOROSOS

Nos proponen un 'contenido' que tiene como centro el "Misterio de la Cruz".

Nos recuerdan al 'Dios que está con nosotros' para asumir nuestra situación y salvar.

Nos invitan a descubrir en "la Cruz" la prueba máxima del Amor.

Confianza: Es la actitud del hombre que cree,

Fortaleza: Es la actitud del hombre que espera.

Constancia: Es la actitud del hombre que ama.

LOS MISTERIOS GLORIOSOS

Nos proponen un 'contenido' que tiene como centro el "Misterio de la Pascua".

Nos recuerdan al 'Dios que obra por nosotros' que se irradia y expande por nuestro intermedio.

Nos invitan a 'desarrollar' con generosidad y humildad el dinamismo de la 'vida nueva'.

Obediencia: Es la actitud del hombre que conoce a Cristo.

Esperanza: Es la actitud del hombre que Vive en Cristo.

Paciencia: Es la actitud del hombre que está en Cristo.

ROSARIO

Compromiso para el hombre: "procurar detenerse"

Frenar: el Rosario pide *tiempo*.

Calmar: el Rosario exige *entrar*.

Callar: el Rosario reclama *escuchar*.

Compromiso para el hombre: "buscar ordenarse"

Mirar: el Rosario es *contemplación interior*.

Unir: el Rosario es *unificación interior*.

Ubicar: el Rosario es *disposición interior*.

Compromiso para el hombre: "vivir proyectados"

Estar: porque Dios no nos quita del mundo.

Obrar: porque Dios nos quiere en el mundo

Desarrollar: porque Dios nos capacita para salvar al mundo.

Equipo de reflexión espiritual de La Plata – 1975



El

Rosario



Redacción y Composición
RP DANIEL RAMÓN MARTÍN scj
--- > www.betharram.net
- - - > www.geocities.com/betharram



ESPIRITUALIDAD BETHARRAMITA

Año XIV 2009 ~ N° 8

Por una Marilogía actualizada

En el camino eclesial, Dios se hace encontradizo a través de «signos pobres». Nos ama tal como somos y no quiere espantarnos. La Virgen de Nazaret es uno de estos signos. En ella se transparenta Jesús, el Hijo de Dios que murió por nosotros y vive resucitado entre nosotros. Somos la Iglesia de los pobres. Y la Iglesia tiene como misión ser transparencia de Cristo, ser su «sacramento» o signo portador, manifestativo y comunicativo.

La Iglesia, como epifanía de Cristo, se encuentra a sí misma en María, la esclava del Señor. María es «la gran señal» para la Iglesia peregrina (Apoc 12, 1). Es una señal hecha a su medida: fiel a Cristo y transformada en Cristo, es decir, «vestida de sol». María llegó a esta realidad de transformación en Cristo por medio de una fidelidad a la Palabra de Dios en la vida ordinaria. Así se hizo Madre de Dios y Madre de todos los hombres. Todo fue por gracia de Dios y por obra del Espíritu Santo. La Iglesia, desde Pentecostés, a pesar de su propia pobreza, también puede llegar a ser como María. Ella es el «signo de esperanza para el peregrinante pueblo de Dios» (LG 68).

La misión de María y la de la Iglesia se complementan. Si la Iglesia quiere ser verdaderamente «sacramento universal de salvación», tiene que vivir mirando a María e imitándola. Nosotros mismos somos la Iglesia; nos daremos plena cuenta de ello cuando vivamos el misterio de María: «el conocimiento de la verdadera doctrina católica sobre María, será siempre la llave de la exacta comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia» (Pablo VI, Disc. Clausura Vaticano II).



Toda la vida cristiana podría resumirse en un «sí» unido al de Cristo: «SÍ, Padre, porque así te agrada» (Lc 10, 21). Es un «sí» sacrificial, de entrega y donación de Buen Pastor. Este debe ser también el «sí» o «amén» de la Iglesia (Apoc 1, 6-7). A pesar de nuestra flaqueza, «por Cristo, podemos decir amén a Dios», puesto que tenemos «la prenda del Espíritu» (2 Cor 1, 20-22). Este es el «amén» o «fiat» que pronunció María representando a toda la Iglesia y a

toda la humanidad. La devoción y culto mariano son un entrenamiento o aprendizaje para decir nuestro amén al Padre, como redimidos por Cristo, que hemos recibido la fuerza del Espíritu Santo (Efes 2, 18).

1. Punto de partida de la devoción y culto mariano.

La devoción y culto mariano en la Iglesia reflejan esta actitud de transformarse en Cristo, como María «vestida de sol» (Apoc 12, 1): «La Iglesia, meditando piadosamente sobre ella, contemplándola a la luz del Verbo hecho Hombre, llena de reverencia, entra más a fondo en el soberano misterio de la encarnación y se asemeja cada día más a su Esposo» (LG 65). Así es la Iglesia fiel a las palabras del Señor: «He aquí a tu Madre» (Jn 19, 27).

El culto y devoción mariana llevan a vivir el misterio pascual del Señor, puesto que «María, por su íntima participación en la historia de la salvación, reúne en sí y refleja en cierto modo las supremas verdades de la fe; cuando es anunciada y venerada, atrae a los creyentes a su Hijo, a su sacrificio y al amor del Padre» (LG 65). Una vida mariana, «lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta» (LG 60).

Devoción y culto mariano tienen una perspectiva trinitaria, cristológica y pneumatológica, como enseña la exhortación apostólica «Marialis cultus» de Pablo VI (1974). El «sí» de María a los planes salvíficos del Padre, hace posible la encarnación del Verbo por obra del Espíritu Santo. La humanidad ya puede llegar al Padre, gracias a la fuerza del Espíritu Santo y a la mediación redentora de Jesús. «A partir del “Aquí estoy, soy la servidora” humilde del Señor, la Humanidad comienza su retorno a Dios» (Pablo VI, Marialis cultus). *La devoción y culto mariano son un medio para vivir el misterio cristiano en toda su hondura.*

2. Vida mariana del apóstol

En el apostolado se realiza la maternidad de la Iglesia cuyo Tipo es María. La función apostólica es una participación de la misión de Cristo, puesto que se prolonga su persona, su palabra, su sacrificio, su oración, su acción salvífico-pastoral. Jesús continúa actuando bajo signos eclesiales, gran parte de los cuales constituyen la misión del apóstol.

Jesús fue ungido como «enviado» (apóstol) y sacerdote en el seno de María, asoció a su Madre a la misión, y continúa esta misma misión en la Iglesia sin dejar de asociar a María. El apóstol participa de esta realidad y debe sintonizar con esta vivencia de Cristo. La devoción mariana, pues, forma parte integrante de la vida del apóstol.

La espiritualidad y la acción evangelizadora del apóstol tienen una dimensión mariana y eclesial. Es Jesús quien continúa su misión en la Iglesia de los signos, asociando a María. El apostolado forma parte de la sacramentalidad de la Iglesia, es decir, de los signos que hacen a la Iglesia madre como María.

En el Concilio Vaticano II, la maternidad de la Iglesia se pone en relación con la virginidad y maternidad de María. Cuando la Iglesia es fiel (virgen) como María, «se hace también madre mediante la Palabra de Dios aceptada con fidelidad, pues por la predicación y el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios» (LG 64).

La devoción mariana del apóstol se manifiesta principalmente por una imitación del «amor maternal» de María. Es el celo apostólico que ya San Pablo quiso expresar con estos términos de maternidad (Gal 4, 19), como imitando la maternidad de María (Gal 4, 4) y la de la Iglesia (Gal 4, 26).

El sentido de Iglesia, que debe tener el apóstol, se manifiesta y se conserva por medio de la relación personal con María Madre presente en la obra salvífica. La «pobreza» o sentido de la propia nada que tuvo María, fue la razón de por qué Dios hizo en ella maravillas. Entrando en este sentido de pobreza bíblica de María, el apóstol descubre mejor la naturaleza de la Iglesia como conjunto de signos pobres portadores de filiación divina.

El apóstol puede vivir esta devoción mariana principalmente a través de la vida litúrgica. Los textos actuales de la Misa, de la liturgia de las horas, de la liturgia sacramental, etc., dan pie a que el apóstol viva con más intensidad la relación con María. El servicio de la Palabra es una continua referencia al aspecto mariano del Misterio de Cristo.

La responsabilidad del apóstol respecto a la comunidad eclesial, recuerda siempre la presencia de María en la primera comunidad cristiana del cenáculo. Recibir, pues, a María como Madre, significa una relación personal tanto en la vida espiritual como en la acción apostólica (Jn 19, 27). Así la Iglesia, a través de los apóstoles, aparecerá como el «sacramento» o signo de Jesucristo «nacido de María la Virgen por obra del Espíritu Santo». La acción apostólica guía a cada cristiano en el proceso de configuración con Cristo, que es proceso de fe, esperanza y caridad, y del que María es modelo, intercesora y Madre.

JUAN ESQUERDA BIFET – *La Gran Señal* – 1978

≡ San Miguel nos enseña



El rosario es el principal instrumento de su devoción mariana. En el convento de Betharram, suele llevarlo, cual collar, alrededor de su cuello y lo desgrana continuamente. Miembro del Rosario Perpetuo, elige primero las hora de la medianoche, luego la de las tres de la mañana. En su comunidad establece el rezo diario del rosario.

El beato Miguel Garicoits. PEDRO MIEYAA. 1942, pág. 304